

## **Capital, vida y precariedad. La contradicción en cuestión.**

2019-06-09

EDITORIALA

Es un hábito común de la egolatría pretender ofrecer algo viejo revestido de nuevo. También creer estar aportando algo allí donde ni siquiera alcanza a entender el objeto de la aportación. Nadie puede ser un pensador respetado si no encuentra su lugar, a pesar de que ese lugar sea el de la falta de rigor.

Son cada vez mayores las manifestaciones que indican un aumento del conflicto de clase. Ya no solo en el terreno de la práctica. En el campo de la teoría, donde se ha visto un retorno necesario como interesante a la crítica del capital realizada por Karl Marx, con el fin de recuperarla de décadas de distorsión, la burguesía no escatima en recursos y envía a sus profesores a sueldo para despolitizar y neutralizar toda capacidad revolucionaria. Esta intentona, por supuesto, se viste a sí misma de transformadora y crítica para con el sistema capitalista. Y es que, en el terreno de la política, la burguesía sabe que es preferible atacar desde un supuesto interior que desde una posición exterior que defina adecuadamente el antagonismo, en la medida en que se trata de desdibujar y así neutralizar las capacidades emancipadoras de la clase obrera y no de contorneirlas.

Esta estrategia reviste hoy la pretensión de “actualizar” y “completar” la obra de Marx. Desde diversos ámbitos académicos se realizan aportes “complementarios” a una obra que en la mayoría de los casos ni siquiera alcanzan a aprehender. Esta falta de asimilación, en cambio, no deriva de ninguna cualidad abstracta ni natural inherente al individuo; en tanto que no pertenecen al sujeto de clase proletario, o digamos, en tanto que pertenecen a un sujeto burgués de clase media, todos esos individuos carecen del punto de vista necesario que ofrezca una comprensión de la obra que permita abordar tal titánica tarea de “actualizar” y “completarla” .

Ya no solo en la terminología y su más o menos superficial conceptualización, sino que sobre todo en los mismos conceptos que permiten articular un discurso; a fin de cuentas, en cada aditivo ecléctico que pretende realizar la burguesía a la obra de Marx se encuentra un ataque directo a su núcleo lógico-racional. Evidencia de esto tenemos en la “contradicción” entre “capital” y “vida”, tan en boga en los círculos del posmodernismo académico, en la que queda reescrita incluso la implicación de la contradicción misma. Según sus

defensores, frente a un supuesto unilateralismo marxista, hay que reivindicar la multilateralidad de la opresión; no solo hay una contradicción capital-trabajo, sino que también capital-vida, capital-ecología, etc., y todas estarían al mismo nivel lógico, puesto que en la pura subjetividad anteponer una a la otra sería discriminar y jerarquizar un sistema de poder, esto es, reproducir una relación de dominación.

Lo cierto es que bajo la falsa apariencia de multilateralidad se encuentra el más estrecho unilateralismo, en el que cada objeto de la estrategia subjetiva ocupa una posición aislada tan solo insertada al todo de manera metafísica e ideológica por el sujeto burgués, en tanto que son formas de manifestación del mismo. Así, las partes solo tienen unidad estratégica supuestamente transformadora en la mente de quien las piensa, mientras que en la realidad su perpetuación alimenta la imposibilidad de realizar tal estrategia.

El concepto de contradicción empleado por el revisionismo evidencia su ideología: la contradicción, en el seno de la manifestación de una lógica que escapa a su comprensión, como contradicción aparente que quieren superar en su misma apariencia -y para unos pocos, por su manifiesta impotencia-. Esto es, la contradicción entre la idea construida acerca de una dinámica objetiva y la cruda realidad que genera su acaecer, llevada a la supuesta falta de coherencia entre la lógica misma y su forma de manifestación. Se trataría, por lo tanto, de abolir tal contradicción mediante la realización de la idea de un sujeto que domina a la realidad productora de la contradicción a eliminar, pero que no la transforma; o realizar la vida capitalista que el propio capitalismo es incapaz de realizar. Quedamos insertos, de esta manera, en los límites de la política burguesa, en tanto que ese sujeto que resuelve la aparente incoherencia entre la dinámica del capital y su manifestación no es más que un administrador "ético" del capital.

En cambio, la contradicción en Marx, y en el movimiento revolucionario, implica la relación entre dos formas autoexcluyentes en la que se basa el movimiento mismo de la sociedad. No es que el capital y el trabajo sean dos cosas contrarias en sí, o que la una haga imposible la otra, como si ocurriría en la contradicción anteriormente descrita, sino que su contrariedad está implícita como condición de su unidad, y viceversa; y esa unidad como condición de su existencia. Así, por un lado se produce el capital, como trabajo muerto objetivado, en tanto que en el otro lado se reproduce el trabajo vivo, como pura subjetividad; ambos como momentos esenciales de la unidad del capital: eso

implica la contradicción en un sentido revolucionario en general, y la contradicción capital-trabajo en particular. La implicación política al respecto salta a la vista, ya no es posible hablar de contradicciones morales, sino que de una contradicción real a superar.

Desde esta perspectiva, no existe ninguna contradicción entre el capital y la vida, a no ser que sea entre la cruda realidad producida por el capital y los sueños de vida capitalista que se esfuman ante la mirada desesperada de la clase media y de toda la socialdemocracia europea. Y es que el capital no hace imposible a la vida en general, sino que, al contrario, la determina de principio a fin, y es su condición primaria. El capital crea una vida y una concepción de la vida capitalista, y toda contradicción que pueda darse al interior de esa vida no es más que la consecuencia social que adquiere en la superficie la contradicción capital-trabajo. No es, por lo tanto, una oposición frontal de dos realidades antagónicas, como parece querer dibujar la contradicción capital-vida, sino que es la manifestación continua de la dinámica contradictoria del capital que la clase media pretende resolver positivamente, anulando para ello el lado negativo de esa dinámica.

En esa forma de subjetividad burguesa es donde encaja operativamente el concepto precariedad. Y es que este, lejos de explicar la materialidad objetiva del sistema capitalista, y su necesaria tendencia a la crisis, la reduce a una valoración subjetivista de la vida, concebida desde los ojos de la clase media. La precariedad como proceso de descomposición de la clase media, como retorno a la cruda realidad del proletariado. El resultado es la reivindicación de una nueva burguesía, con una nueva ética, que reparta de manera más adecuada el pastel que ha sido usurpado a la clase obrera. De ahí las políticas públicas de repartición de la riqueza que ponen, supuestamente, la vida en el centro. A eso se referían, por lo tanto, con la vida.

En resumidas cuentas, hay una contradicción entre la lógica interna del capital y la imagen que se hace la ideología burguesa de la misma; una contradicción falsa, puramente ideológica. Hay una contradicción real, que produce y reproduce el sistema capitalista, y las contradicciones ideológicas en su seno; la contradicción capital-trabajo. Y hay un antagonismo, que ha de ser articulado, entre el proletariado organizado en Partido y la burguesía que pretende subsumir a la clase obrera en la lógica productora de su poder; reproducirla como clase y como explotada. Es un antagonismo a muerte, entre la perpetuación de una sociedad dividida en clases y una sociedad sin clases.